LECTURAS

Lectura del libro de los Números. 62, 22-27
El Señor habló a Moisés: «Di a Aarón y a sus hijos: Esta es la fórmula con que bendeciréis a los israelitas: "El Señor te bendiga y te proteja , ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz . Así invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré».

Palabra de Dios.

SALMO Sal 66, 2-8

R.El Señor tenga piedad y nos bendiga.

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.R.

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud y
gobiernas las naciones de la tierra.R.

Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.R

Lectura de la carta a los Gálatas 4, 4-7
Hermanos: Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones al Espíritu del Hijo, que clama: «¡Abbá! (Padre)». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

Palabra de Dios.

X Lectura del santo Evangelio según san Lucas 2, 16-21
En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo a Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho. Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Palabra del Señor.

HOMILIA

En este primer día del año, el Evangelio de hoy nos invita a que nos fijemos en tres personajes que aparecen en el Evangelio que acabamos de escuchar para hacer una sencilla reflexión a partir de ellos:

Los pastores

Podemos descubrir en lo que ellos hicieron un buen ejemplo de cómo deberíamos empezar este año que comienza con buen pie. Recibieron un anuncio en aquella noche de que algo grande estaba sucediendo, de que el Mesías prometido, el Salvador que esperaban, acababa de nacer… y su actitud es la siguiente:

- Salen corriendo a su encuentro, dejándolo todo, conscientes de que no pueden dejar pasar de largo la oportunidad de ver a ese Mesías que se les anuncia. No suele ser esa nuestra actitud; en muchas ocasiones nos anuncian posibilidades de encontrarnos cara a cara con el Señor: nuestra parroquia nos ofrece la posibilidad de un retiro o unos ejercicios espirituales, o se nos invita a participar en alguna celebración especial, o en una oración comunitaria, o a participar más a menudo en grupos de oración, o a que estimulemos la práctica del sacramento de la reconciliación, o a que descubramos el rostro de ese Cristo en el enfermo, pobre o desamparado y nos acerquemos a él para auxiliarle… y no salimos corriendo a su encuentro: tenemos siempre buenas excusas que ofrecer, pensamos que a nosotros esas cosas ya no nos hacen falta, o que no es necesario complicarse tanto la vida para ser cristiano y vale con la misa del domingo. Somos, al contrario que los pastores, los que ante el anuncio de los ángeles se tapan los oídos y no quieren salir al encuentro del Señor… o, como mucho, en lugar de salir corriendo a su encuentro, nos dejamos arrastrar. Los pastores nos enseñan más bien a correr al encuentro del Señor.
- Descubren a Dios en lo pequeño. En un simple niño, acostado en un pesebre, envuelto en pañales, desvalido, sin fuerzas, vulnerable. El misterio de la Navidad, que volvemos a celebrar en esta octava, es ése: ser capaces de descubrir a ese Mesías encarnado, hecho concreto; descubrir a un Dios que se hace presente y palpable en lo humano, que no usa su categoría de Dios sino que se hace uno como nosotros. Y nosotros, no como los pastores, que viéndole se arrodillaron y le adoraron, más bien renegamos a veces de ese Dios. Especialmente, cuando necesitamos que Dios se manifieste de manera poderosa en nuestra vida (cuando nos falla la fe, cuando el dolor se clava en nuestra existencia, cuando pedimos a gritos un milagro) nos olvidamos que es el dios de la brisa y no del huracán; que es el Dios de la sonrisa humana, y no de la carcajada ultramundana; que es el dios que obra en el hombre, y no en extraños casos de poderes ultraterrenos al más puro estilo 'poltergeist'. Los pastores nos enseñan a descubrir a ese Dios de lo pequeño, a buscarle cerca de nosotros y a reconocerle en su adorable humanidad.
- Dan testimonio de lo que han visto. Nosotros a menudo contamos con grandes ponderaciones muchas cosas: lo maravillosos que somos, lo estupendamente bien que hacemos las cosas, lo mucho que nos merecemos nuestros ascensos laborales y de cualquier otra índole… nos deshacemos en halagos de quien nos cae bien y parece grandioso. Aquellos pastores al contrario: alababan de palabra y de obra a un niño recién nacido, a un ser indefenso, a alguien que ya desde el momento de sólo verle cambió sus vidas, aunque muy bien no sabían cómo ni cuándo iba a salvarles. Dan testimonio de un Dios que deja de ser el Dios terrible de las antiguas escrituras para ser el Dios que encarna la viva imagen del amor dado y recibido. Los pastores nos enseñan a hablar de ese Dios y no callarnos por miedo a no saber hablar de él con teologías adecuadas o, peor aún, porque parezca que se vayan a reir de alguien que cree en un Dios tan despojado de los atributos clásicos de la divinidad.

María

- No por muchas veces repetido deja de ser hoy menos importante: contemplar de nuevo la Navidad a los ocho días es la ocasión de mirar la misma fiesta, la de Dios hecho hombre, desde la perspectiva de su Madre, María. Y en ella vemos la personificación del amor más intenso que existe en el mundo, el de una madre por su hijo, el fruto de sus entrañas. Así es como María nos enseña a amar: desde dentro, apasionadamente, del modo más altruista posible… pero es que Ella además aparece así como otra Encarnación del Amor de Dios. En este mundo y esta sociedad donde la imagen del padre a veces aparece tan devaluda, Ella nos recuerda que Dios nos ama con ese amor tan maternal, tan de cuidado íntimo, profundo y definitivo. Y es así como el Señor nos ofrece a María como modelo para que convirtamos nuestros amores a veces tan descafeinados en el mismo amor que María regala a Cristo y en Él a toda la humanidad.
- Y, como siempre, es frase tan central en la vida de María: guardaba todas estas cosas en su corazón. Algunos estudiosos de la sociedad actual dicen que vivimos en el tiempo del microondas: tenemos relaciones con los demás muy rápidas, muy intensas pero también muy efímeras. Nuestra vida es como el microondas, y por eso a veces acabamos tan quemados o dejando tan quemados a los demás. Necesitamos sobrecarga de emociones, relaciones y experiencias para sentir que nuestra vida no está vacía… y hemos perdido la capacidad de cocer nuestra vida de manera calmada, como un buen guiso, despacito, a fuego lento… para

saborear así lo mejor de la vida. María nos da ejemplo de cómo ir aprendiendo cada día, de cómo alimentarse de la paciencia de Dios, de mantener siempre encendida la llama del recuerdo y la propia experiencia, de no vivir siempre quejándonos de si Dios camina delante, detrás, al lado o lejos de nosotros… y por eso ella puedo vivir más tarde al pie de la Cruz con el dolor de una madre pero con la esperanza de la primera discípula: porque tenía cosas guardadas en su corazón.

Y el Niño

- El mejor de los ejemplos siempre es Jesús… y hoy es momento de nuevo de volver a contemplarle. Quien le mira siempre descubre en Él cosas que aprender… ¡incluso siendo aún tan pequeñito! Ojalá los cristianos supiésemos dejarnos en manos de la providencia como Él en aquellos primeros momentos; ojalá fuesemos tan desprendidos de cualquier clase de riqueza como Él en aquel establo; ojalá fuésemos tan dóciles como Él, que siendo Dios se dejó educar, guiar y cuidar por una familia humilde… quien mira a ese Dios y le llama Maestro no puede seguir en sus esquemas, en nuestros esquemas tan materialistas, tan apegados a dinero, poder y fama. El gran poder de este Dios es, precisamente, su carga de Verdad, que puesta ante nuestros ojos desnuda nuestras mentiras y nos ayuda a vestirnos de un modo nuevo.

Que estos tres ejemplos del evangelio de hoy hagan que, de verdad, este Año se nuevo para nosotros, hombres y mujeres nuevos.

RECURSOS

Nexo entre las lecturas

La mujer es el centro de atención de la liturgia. Particularmente la mujer como madre. Y esa mujer y esa madre es María. San Pablo en su carta a los gálatas dice de Jesucristo: "nacido de mujer, nacido bajo la ley" (segunda lectura), para indicarnos que como hombre Dios necesariamente ha tenido que tener una madre. La bendición litúrgica de la primera lectura parece que fue escrita dirigida a María madre: "El Señor te bendiga y te guarde; el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor te muestre su rostro y te dé la paz". El rostro del Señor es Jesús de Nazaret, el hijo de María. El evangelio nos permite intuirlo cuando con impresionante sencillez nos dice, refiriéndose a los pastores: "Fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre".

Mensaje doctrinal

1. Mujer y Madre de Dios. "Nacido de mujer" es Jesús. Mujer, con toda su feminidad, es María, la nueva Eva, origen y espejo de toda mujer redimida. Siendo Jesús el Verbo de Dios, resulta obvio que María es la Madre de Dios, la gloria suprema de la mujer. Dios, en su inmensa sabiduría, ha querido vivir la experiencia de tener una madre, de mirarse en la ternura de sus ojos, de acunarse en sus brazos y de ser estrechado en su regazo. Para ser Madre de Dios María no tuvo que renunciar o dejar al margen nada de su feminidad, al contrario, la tuvo que realizar en nobleza y plenitud, santificada como fue por la acción del Espíritu Santo. Al nacer de una mujer Dios ha enaltecido y llevado a perfección "el genio femenino" y la dignidad de la mujer y de la madre. La Iglesia, al celebrar el uno de enero la maternidad divina de María, reconoce gozosa que María es también madre suya, que a lo largo de los días y los meses del año engendra nuevos hijos para Dios.

2. Madre, bendición y memoria. En el designio de Dios, que es fuente de la maternidad, ésta es siempre una bendición: como a María, se puede decir a toda madre: "Bendito el fruto de tu vientre". Una bendición primeramente para la misma mujer, que mediante la generación da cumplimiento a la aspiración más fuerte y más noble de su constitución, de su psicología y de su intimidad. Bendición para el matrimonio, en el que el hijo favorece la unidad, la entrega, la felicidad. Bendición para la Iglesia, que ve acrecentar el número de sus hijos y la familia de Dios. Bendición para la sociedad, que se verá enriquecida con la aportación de nuevos ciudadanos al servicio del bien común.

3. La maternidad es también memoria. "María hacía ´memoria´ de todas esas cosas en su corazón" (evangelio). Memoria no tanto de sí misma, cuanto del hijo, sobre todo de los primeros años de su vida en que dependía totalmente de ella. Memoria que agradece a Dios el don inapreciable del hijo. Memoria que reflexiona y medita las mil y variadas peripecias de la existencia de sus hijos. Memoria que hace sufrir y llorar, que consuela, alegra y enternece. Memoria serena y luminosa, que recupera retazos significativos del pasado para bendecir a Dios y cantar, como María, un "magnificat".

Sugerencias pastorales

1. La madre, "sol de la casa". Esta expresión aplicó el papa Pío XII a la madre en un famoso discurso. Como el sol, la madre aporta "calor" al hogar con su cariño y su dulzura; como el sol, la madre ilumina los "ángulos oscuros" de la vida hogareña cotidiana; como el sol, la madre anima, suscita, regula y ordena la actividad de los miembros de la familia; como el sol, en el atardecer, la madre se oculta para que comiencen a brillar en la vida de los hijos otras luces, otras estrellas. La Virgen María fue el "sol" de la casa de Nazaret para su hijo Jesús y para su esposo José. En ella encuentra toda esposa y madre un modelo que imitar, un camino que seguir. ¿Cómo puede ser hoy, una esposa y una madre, sol de la casa? ¿Cuáles son las expresiones de cariño y de dulzura para "calentar" el hogar? ¿Cómo iluminar los "ángulos oscuros" del esposo, de los hijos, y de los demás seres queridos que conviven en la misma casa? ¿Qué formas de tacto y mesura habrá de usar para orientar la actividad de la familia hacia la unión, el bienestar, la paz, la felicidad? ¿En qué modo habrá de "ocultarse" para no opacar las nuevas luces que aparecen en el horizonte de sus hijos? Sería una desgracia para la familia y para la sociedad el que la madre, en lugar de ser el sol de la casa, viniese a ser noche y tiniebla, tormenta y huracán. ¡Madre!, sé siempre luz del hogar, levanta tu mirada hacia María la Madre y sigue sus pasos.

2. Valorar la maternidad. En el mundo actual la maternidad pasa por un estado de ambivalencia. Por un lado el fenómeno de la disminución de la natalidad en el mundo, especialmente en Europa y Occidente, es real y evidente, al igual que casi se ha perdido el carácter "sacro" de la maternidad por su colaboración con la obra del Creador y el respeto a las leyes divinas sobre las fuerzas y límites procreativos del hombre y la mujer; por otro, la mujer desea satisfacer a toda costa su vocación íntima a la maternidad, o quiere tener menos hijos para poder dedicarse más y mejor a su tarea de madre educadora, o adopta con amor y decisión hijos "anónimos" o "huérfanos", a costa incluso de muchos sacrificios. Ante esta ambivalencia, simplemente delineada y que por tanto abarca otros muchos aspectos, es necesaria una campaña para que tanto la mujer como la sociedad en general valoren más la maternidad. ¿Qué se puede hacer en tu ambiente para lograr esta valoración? ¿En qué pueden las leyes, los medios de comunicación, las instituciones estatales y eclesiales contribuir a valorar la vocación original y primaria de toda mujer?